

Carro y a la que llamamos el Cocherito. El santo tenía su forma humana: era un hombro con el rostro curtido por el sol y con una cabellera rizada y espesa que le caía sobre los hombros. Iba desnudo con los lomos ceñidos por una piel de camello; en el cuello musculoso se le notaba la línea rojiza que marcaba el lugar en que el hacha separó la cabeza del tronco. Bajo las cejas espesas le brillaban los ojos.

La multitud gritó:—¡Salud, señor San Juan! Y los hongos se desprendieron de sus sombreros y los echaron por los aires, imitando a Pascualillo. La danza comenzó, la graciosa danza de los hongos.

Las gentiles y frágiles doncellitas blancas hacían serpentinadas con sus túnicas color de luna, rodeadas por los hongos escarlata que movían al compás de la música sus cabezas escaperuzadas. Los otros formaban mil figuras complicadas y encantadoras. San Juan andaba entre los carros que se movían, sin aplastar a ninguno. A través de la barba hirsuta se veía sonreír dulcemente su boca de gruesos y encendidos labios. Nadie al verlo podía creer fuera el mismo que predicaba a las gentes con palabras terribles, y ante cuya presencia el tetrarca de Galilea temblara.

Pascualillo se había escondido entre un macizo de zacate para contemplar a su sabor al santo que su tía Juana tenía en un cuadro, y en el cual se le veía también desnudo y bautizando entre un río a Nuestro Señor.

Pero San Juan se fué yendo muy disimulado y de pronto apartó las hojas entre las que el niño se escondiera:

—Pascual, Pascualillo, buenas noches!

Este se quitó el sombrero y púsose a morder el ala, todo chillado. Por fin tartamudeó:

—Salud, Señor San Juan!

El santo habló con suavidad:

—Pascual, Pascualillo, yo te conozco porque andas mucho entre el bosque y yo soy el patrón de los bosques y de las soledades silvestres. Las arañitas, los musgos, los líquenes, los hongos, los abejorros de colores, lo mismo que los grandes árboles y que las fieras, están protegidas por mí. Cuando viví en la tierra fuí un hombre semejante a un hierro enrojado para curar las llagas. Mis palabras sonaban como truenos... Ahora, en cambio, amo los grillos, las abejas y acudo al baile de los hongos. Yo hago florecer la yerbabuena para que el demonio alivie su corazón afligido... aunque no arrepentido, por desgracia; y hago que las doncellas lean su destino en el cuajarse de la clara de un huevo que dejan puesta en un vaso de agua la víspera de mi santo. Pídemelo que deseas, Pascualillo, que yo te lo daré.

Pascualillo permaneció silencioso.

El santo se inclinó y buscó entre la hierba. Cuando levantó la cabeza tenía entre los dedos una hojita del trébol manchado de blanco que alfombraba el suelo.

—Toma, muchacho, es la hoja de cuatro gajos, la hoja que trae la dicha.—Yo la he buscado para ti... Vete y sé feliz... Amalo todo...

Ya el niño no estaba en el bosque, en la planicie en que brotan los ojos de agua. Encontróse en el camino y la luz del alba blanqueaba los campos. Delante de él marchaban las vacas moviendo lentamente sus cuerpos pesados.

—¿Acaso soñara? No, que entre los dedos tenía la hoja de cuatro gajos.

Estaba alegre y deseaba gritar. El niño no se daba cuenta de que en su corazón había una ternura inmensa para todas las cosas. Hubiera querido tener alas en los pies y llegar a casa de un vuelo para abrazar a su madre, a su hermanita Susa y ayudarle al padre para que no se fatigara antes de partir.

¡La escarcha que temblaba en las briznas de hierba le pareció tan linda! Antes no había reparado bien en ella.

Al verla tan blanca y tan brillante, creyó inocentemente que era la luz de la luna que no pudo escapar cuando aquella se escondió tras la montaña. Las vacas bramaban y en torno de sus testuzas se formaban halos de vapor. Le recordaban las cabezas de las santas de los cuadros suspendidos en las paredes de su casa, que llevaban como las vacas, aureolas luminosas alrededor de la frente.

¿Serían santas? ¿No decían que las santas eran mujeres muy buenas? ¿No eran muy buenas las vacas?

Se acercó a su vaca Blanca Nieves—así llamada por el niño por tener la piel blanca y sedosa y le acarició el cuello.—Nunca más—se dijo—las agujearía para que corrieran. ¿Por qué hacerlas sufrir de este modo? ¿Qué pensarían de él?

Al llegar, los terneros menudearon sus mee, mee, quejumbrosos y asomaron los hocicos húmedos por sobre la cerca de piedra, y al abrir la boca enseñaban los dientes que parecían pedacitos de escarcha prendidos en una gran flor nacarada.

Pascualillo sonrió. ¡Qué bonitos los hijos de las vacas! ¡Seguro cada uno amaría a su madre de la misma manera que él a la suya!

Pascualillo sonrió también ante el arroyuelo: ¡Qué cristalina el agua... y al alejarse cantaba!... sí, cantaba; sonrió al ver el vuelo de las libélulas de alas manchadas de rojo; sonrió al zoterré que estaba hecho una alegría en una rama y se apartó para no asustar la ardilla que buscaba comida en un árbol.

Cuando entró en la cocina, la madre encendía el fuego y el padre estaba levantándose. La mujer lo miró tranquilamente.

—Le has ganado a tu padre; no había prisa en que te levantas todavía.

Contó su aventura, más el padre levantó los hombros y se fué a su tarea.

—No distingue todavía lo que sueña de lo que hace de veras!—salió murmurando.

La madre sonrió incrédula, mas cogió la hoja de trébol en la palma de la mano y la examinó.

—Guárdemela en su libro de oír misa, mamita, y cuidado me la pierde.

Ella se enjugó las manos y salió en busca de su libro de oraciones, entre cuyas páginas colocó con ternura la graciosa hojita.

• •

Pasaron años y años. La madre cuidó siempre de que la hoja de cuatro gajos no saliera de su libro de oraciones.

Cada vez que la encontraba sonreía incrédula y temerosa.

Mientras Pascual fué un niño, las vacas, la gran cerda blanca y el perro no volvieron a tener quejas contra él.

En su corazón hubo desde la noche de San Juan, una inmensa bondad para todas las cosas. Ya de adolescente, sintió deseos de cantar la belleza del sol y la que hay en la gotita de agua que tiembla en la brizna de hierba; la de las nubes que son el musgo que crece sobre el cielo y la del musgo que adorna los troncos y los paredones; y lo mismo se enternecía ante un sapo que ante una rosa.

La hoja del trébol no le trajo poderes ni riquezas, mas puso en sus pupilas el amor e iba contento por la vida, procurando no hacer sufrir a nadie.

No creáis que el dolor pasó a su lado sin punzarlo: muchas veces el llanto mojó sus mejillas, pero al secarse no dejaba remordimientos... Que la vida lo maltratara a él—pensaba...—que él no maltratara la vida! Y pronto la sonrisa de la tranquilidad borraba los surcos amargos.

Al morir, la madre pidió que pusieran sobre su corazón el libro de oraciones entre cuyas hojas estaba el trébol de cuatro gajos.

Los años pasaron... y los años pasaron, y Pascualillo